

FRANCISCO PINA CUENCA (*Presidente de las Cortes de Aragón*): Muchas gracias.

Ahora vamos a proceder al desarrollo del diálogo cultural entre don Juan Manuel Bonet y don Wilfredo Penco.

JOSÉ TUDELA (*Secretario General de la Fundación Manuel Giménez Abad*): Buenas tardes.

Excelentísimas autoridades. Señoras y señores, aunque estaba previsto en estos momentos hacer una presentación un poco más extensa de lo que es el informe sobre la descentralización realizado por la oficina del Parlamento de Uruguay, por motivos del propio programa, para dar cumplimiento al programa —el informe está aquí, luego se podrá ver— vamos a pasar directamente al diálogo cultural.



Tras agradecer a todos su asistencia, procedo a presentar brevemente a Juan Manuel Bonet y a Wilfredo Penco, para que inmediatamente tengan ellos la palabra.

Wilfredo Penco no gusta hablar de sí mismo, pero cuando no le queda más remedio que hacerlo, es difícil de sustituir.

“Creo que sí. Creo que desde siempre los libros que estuvieron en mi vida la invadieron para siempre.

Antes de saber leer ni escribir, antes de asociar sonidos con letras y aprender sus notables combinaciones, tuve entre mis manos páginas encuadernadas que encerraban dibujos y palabras.

Los libros estuvieron en el principio. Eso es lo que me trae la ficción del recuerdo más remoto. Después vino la lectura, apasionada voz, casi sin pausa, sin interrupciones hasta nuestros días.

Con una familia en que la política se colaba por todos los rincones de la casa no fui una excepción ni escapé a las reglas del medio ambiente y de la herencia, y compartí con mi abuelo la misma pasión por una divisa, pero sobre ella una solidaridad común con los injustamente perseguidos, con los una y otra vez postergados.

Montevideo está integrado en mi vida muy intensamente. Sus calles, sus plazas, su arquitectura, sus árboles, sus playas, los atardeceres sobre su río como mar, su gente. Me gusta recorrer la ciudad, y un día y otro también entro a sus librerías en busca de alguna novedad, que puede ser –lo es con frecuencia- un libro viejo.”

Gracias, Wilfredo, por estar hoy aquí con nosotros.

Bonet, Juan Manuel. Vanguardia, diccionario, poesía... -libro, libro, libros-; museo, arte, letra -pintura, pintura, pintura-. Juan Manuel Bonet es ante todo una síntesis de todo ello, sin paradoja alguna, a su vez exuberante e inabarcable. Juan Manuel Bonet, lo sabemos, es aquel al que podemos llamar a preguntar por un perdido poema de un olvidado poeta peruano o por aquel pintor de una vanguardia periférica olvidado en Cracovia, o por el tipógrafo de aquella misteriosa edición perdida del exilio. Y Juan Manuel Bonet es también el primer nombre propio que se cruzó en mi primera conversación con Wilfredo Penco una mañana de domingo, cómo no, en una de esas gloriosas librerías de Tristán Narvaja.

Que hoy Wilfredo Penco y Juan Manuel dialoguen en este palacio de la Aljafería sobre los más profundos lazos que vinculan a Aragón, a España, con Uruguay, es para mí un motivo de muy especial satisfacción. Muchas gracias, y le cedo la palabra a Wilfredo.

WILFREDO PENCO (*Presidente de la Academia Uruguaya de la Lengua*): Muchas gracias, muchas gracias, señor presidente del parlamento de Aragón, por habernos invitado a participar en este encuentro. Muchas gracias a José Tudela por esta invitación que nos ha formulado y por acompañarnos en el día de hoy.

Tenemos mucho gusto en acompañar también en nuestra parte de esta delegación tan representativa del Uruguay a través de sus parlamentarios y de sus gobernadores regionales.

También nos sentimos con mucho gusto en estar acompañados por Enrique Iglesias, que es una síntesis del Uruguay y de España, como aquí se ha dicho, y por supuesto me siento muy honrado de formar parte de esta mesa con Juan Manuel Bonet, por cuya obra tanta admiración tengo.

Yo quiero hablar de las relaciones culturales entre Aragón y Uruguay, entre España y Uruguay, lo más rápidamente posible. A través de su gente, de sus personalidades, de la cultura, de las letras, de las artes. Y quiero empezar hablando de un aragonés, de Félix de Azara, que nació en Barbuñales, en la provincia de Huesca, el 18 de mayo de 1742. Militar, ingeniero delineador y maestro de ingenieros, dirigió en su juventud trabajos de fortificación y obras hidráulicas. Siendo capitán de infantería se le nombró en 1776 -tenía treinta y cuatro años de edad- miembro de la recién creada Sociedad Económica Aragonesa.

Por sus conocimientos científicos y la pulcritud de su trayectoria fue designado años después miembro de la comisión encargada de establecer los límites entre las posesiones hispano-lusitanas de acuerdo a lo establecido en el Tratado Preliminar de San Ildefonso, de 1777. Es en esa condición, como miembro de la comisión demarcadora, que llega en 1784 al Río de la Plata, donde habrá de cumplir lo más trascendente de su obra, con decisiva incidencia en la historia de la región del sur americana.

Sin embargo, sus funciones de primer comisario de la tercera partida para la división de límites entre las colonias de España y Portugal en América del Sur no pudieron ser llevadas a cabo de manera cabal, como él pretendía, ante las dilatorias portuguesas, que en una proyección histórica apenas terminaron siendo una involuntaria excusa para otras labores que durante más de dos siglos han perdurado por su índole precursora. Como explorador, geógrafo,

cartógrafo, naturalista autodidacto, produjo una labor que llamó la atención contemporánea incluso en París, entre científicos como Cuvier y otros.

En la capital francesa, su hermano Nicolás, otro aragonés, residía como embajador ante el gobierno de Napoleón, y por su intermedio se conocieron tempranamente los dibujos y apuntes llegados del Río de la Plata.

Ocho años después de que Azara regresara a Europa recopiló algunos de sus escritos bajo el título *Voyage dans l'Amérique méridionale*, editado por Dentu en 1809. Más tarde otros títulos seguirían, publicados incluso en el siglo pasado.

Fauna, flora, etnias, paisajes rioplatenses, fueron descritos con incansable atención y minuciosa paciencia. Su estadía por mayor tiempo en Paraguay lo llevó a recorrer con más dilatada atención esas tierras, pero en la banda oriental dejó una marca precursora.

Como dice una de las estudiosas de la obra de Azara, los escritos de este aragonés hablan de un mundo desconocido para la mayoría de los europeos. Para ser entendido necesitaba por lo tanto ser muy explícito y preciso en todos los detalles de sus descripciones y relatos.

También tuvo que cuidar el lenguaje con que aludía los fenómenos descritos y cuando introduce el nombre con que los habitantes del lugar, se referían habitualmente a su mundo, a su realidad de vida. Azara no usa simplemente las voces asociadas a lo que describe, sino que con una conciencia lingüística aguda las explica o define primero para luego poder usarlas en su texto, asegurándose de esta manera que el lector, ajeno a la región, hablante del español peninsular, que no conoce ni el mundo americano ni su lenguaje, pudiera entender plenamente sus escritos.

Es por eso que Daniel Granada, otro gran español, abogado y lexicógrafo, nacido en 1847 que desde niño residió durante décadas en Uruguay, donde cursó sus estudios y actuó como juez y profesor en la Facultad de Derecho, en el prólogo a su vocabulario rioplatense, dice que los escritos de Azara, además de la doctrina que encierran, ofrecen la ventaja de estar escritos con esmero.

Por su severa y continuada labor, dice Granada, a Félix de Azara le deben una estatua y una biografía, los pueblos del río de la Plata cuyas regiones ilustró consagrándoles desinteresadamente veinte años de estudios, meditaciones, afanes y sacrificios sin cuento en medio de contrariedades de todo género que soportó con abnegación.

Quiero simplemente leer en homenaje a Azara, en recuerdo de Azara, esta descripción que si no es la primera es una de la primeras que hace del río Uruguay. Ese río que recorre el litoral y que une y separa. Ahora lamentablemente más separa que une al Uruguay de la Argentina. Dice Azara: «el río Uruguay toma, a mi entender, su nombre de un pájaro común en sus bosques llamado uru. Porque Uruguay significa río del país del uru. Principio hacia los veintiocho grados de latitud en unas sierras al oeste de la isla de Santa Catalina. Corre desde luego al poniente recibiendo tantas aguas que a las veinticinco leguas de su origen donde corta el camino de San Pablo a Biamón, y lleva el nombre de río de las canoas.

Siguiendo once leguas más el citado camino, se le une un río considerablemente llamado Uruguay Morí, y río de las pelotas, llevando juntos el nombre de río Uruguay.

Como este río sale de las serranías de su origen, corre largo trecho por países alomados sin árboles, pero se mete después por grandísimos bosques engrandeciendo con nuevos arroyos hasta que se le junta el río Puitá.

Mi mapa –dice Azara- marca con exactitud el recto de su carrera hasta unirse al Paraná para formar juntos lo que llamamos hoy el río de la plata, colocándole entre los mayores del mundo.»

Brevemente también quiero hacer una referencia a las relaciones de Azara con Artigas, que han nombrado con tanta insistencia y con tanta razón el señor presidente de la cámara, y el intendente de Maldonado. En el pensamiento de Artigas, en particular las memorias sobre el estado rural del río de la Plata de Félix de Azara adquieren gran importancia.

En el último año del siglo XVIII el virrey Avilés se encomendó a Azara en la ejecución del proyecto de colonización de Batoví, para ubicar a familias asturianas y gallegas asentadas hasta entonces en Maldonado, San Carlos y Rocha, tras el fracaso de la operación de poblar con ellas la Patagonia.

Azara efectuó la delineación de la villa de San Gabriel de Batoví en la cuchilla grande junto al río Yaguarí, en la misma frontera sobre dominios portugueses. Junto a su asistente, José Artigas, procedió al reparto de tierras e instrumentos de labranza. Experiencia considerada antecedente fundamental del reglamento provisorio de tierras que Artigas habría de dictar quince años más tarde.

No quiero saltarme el siglo XIX, una cantera tan nutrida para el repaso de las relaciones culturales entre España y Uruguay, sin hacer mención por lo menos al discurso de Juan Zorrilla de San Martín, el poeta romántico por excelencia en la explanada del Monasterio de la Rábida el 12 de octubre de 1892.

Tampoco quiero dejar de mencionar una edición del Quijote aparecida en Montevideo en 1880 realizada por el diario *La Colonia Española* que la entregó como regalo a sus suscriptores en forma de folletín. Se trata de la primera edición completa de la obra cervantina publicada en Sudamérica según lo estableció tras documentada pesquisa un bibliógrafo y bibliófilo uruguayo: Arturo Xalambri, quien dedicó gran parte de su vida a coleccionar los libros de Cervantes hasta conformar una excepcional biblioteca especializada.

Ya en vísperas finiseculares, ya en el novecientos, en los comienzos del siglo XX deberíamos hablar de los cafés montevideanos, en particular de dos cafés paradigmáticos: el Polo Bamba y el Tupí Nambá, que regentearon los hermanos Francisco y Severino San Román, ambos llegados de España en 1872 y al tiempo fundadores de estos espacios que fueron espacios culturales para el Uruguay.

Por allí desfilaron entre otros el escritor, periodista y político Rafael Barrett, nacido en Santander, autor entre otros títulos de: *Moralidades actuales*, *El dolor paraguayo*, *Cuentos breves*, y *Mirando vivir*. Y que tras una estadía en Argentina y más tarde en Asunción del Paraguay recaló exiliado en Montevideo durante 1908 y 1909 en los años previos a su temprana muerte.

También el poeta, ensayista y periodista Leoncio Lasso de la Vega, nacido en Sevilla en 1862, que fue uno de los grandes bohemios de los cafés montevideanos del novecientos. En ese mundo donde la política, el sindicalismo y las letras se entrecruzaban cotidianamente, los librerías y los editores tuvieron su incidencia de primer orden.

Entre los más prestigiosos se contaron los españoles radicados en Uruguay: Antonio Barreiro y Ramos, José María Serrano, Claudio y Maximino García, como muchos años más tarde Benito Milla quienes siguieron en el siglo XX una

tradición iniciada por otro español: José Fernández Cutielos que se convirtió en el primer librero de Montevideo al abrir sus puertas en la entonces calle de san pedro número 74 a fines del siglo XVIII.

Qué decir que no se haya dicho sobre José Alonso y Trilles (el viejo pancho) que había nacido en Ribadeo, y que los 18 años emigró a América, y tras recibir en Montevideo y Chivilcoy (Argentina) pasó a recibir en el Tala, ciudad uruguaya a poco más de cien kilómetros de la capital.

Este español adquirió la ciudadanía legal de su país de adopción, y sin abandonar sus raíces a las que siempre estuvo atento, logró sin embargo identificarse de tal modo con la idiosincrasia del pueblo uruguayo e interpretado en su lenguaje, que fue diputado en representación del partido nacional, y publicó su celebrado libro *Paja brava*, un ejemplo de enorme popularidad a medio camino entre la poesía gauchesca y el movimiento nativista producido en las primera décadas del siglo XX.

A su turno, cuando de relaciones culturales entre España y Uruguay se habla, no podría prescindirse de los fundamentales maestros: Joaquín Torres García, y Rafael Barradas, de los que seguramente va a hablar con propiedad Juan Manuel Bonet. Tampoco del poeta Julio J. Casal, y de su revista *Alfar*, editada entre 1921 y 1954, los primeros ocho años en la Coruña y los restantes en Montevideo.

Habría también que recordar a Carlos Reyles, y a su novela *El embrujo de Sevilla*, y al poeta Carlos Rodríguez Pintos, que en París compartió con el malagueño Manuel Altolaguirre una pequeña imprenta en la que publicaron deliciosas plaquetas artesanales de poesía; entre otras la titulada: *Dos oraciones a la Virgen* de 1931; una de Rodríguez Pintos ilustrada por Alberti, y otra de éste con un dibujo del uruguayo.

Tanto Alberti como Altolaguirre fueron además traductores al español del franco-uruguayo. Tras la guerra civil española, mientras el segundo eligió Cuba y Méjico como destino de su exilio, Alberti pasó a recibir en el río de la Plata. Afincado en Buenos Aires, su relación con Uruguay fue muy intensa, en Punta del Este, balneario al que dedicó una serie de poemas titulados justamente poemas de punta del este, aún se conserva su casa, a la que puso por nombre la gallarda.

Pero antes de que el exilio español confluyera en América, antes de que estallara la guerra civil, Montevideo recibió con alegría a Federico García Lorca. El hecho no pasó inadvertido. Proveniente de Buenos Aires, el poeta andaluz llegó al puerto capitalino en el vapor de la carrera el 30 de enero de 1934.

Dos españoles, Enrique Diez Canedo; crítico y diplomático al frente de la delegación de España en Uruguay, y el periodista José Mora Guarnido; viejo compañero de tertulias en Granada, radicado en Montevideo desde 1923 lo recibieron junto a conspicuos intelectuales.

Pasó a recibir en el hotel Carrasco donde escribió un acto de Yerma. Dictó tres conferencias en el Teatro 18 de Julio, visitó la Costa de Canelones, hizo un fugaz paseo por las sierras de minas. Mantuvo encuentros con decenas de escritores uruguayos, entre ellos Enrique Amorín, y su esposa Esther Haedo, con quien extrajo una fuerte amistad.

Rindió homenaje a Rafael Barradas en el Cementerio del Buceo. Su carismática personalidad dejó profunda huella.

Una de las mayores difusoras de la obra de García Lorca en Uruguay fue Margarita Xirgu, otra española radicada en el Uruguay en 1949. Fundadora y directora de la comedia nacional, elenco oficial del teatro uruguayo, y también de la escuela municipal de arte dramático que hoy lleva su nombre. Sin olvidar el paso de León Felipe por Montevideo. Otro poeta español.

Quiero recordar otra visita que tuvo gran trascendencia e impacto entre la intelectualidad uruguaya, la de Juan Ramón Jiménez, en agosto de 1948. Jiménez, de acuerdo a un programa del Teatro Solís, la principal sala del país, dictó dos conferencias en aquella oportunidad, y al volver a Buenos Aires hizo una presentación de la poesía hispanoamericana joven en la que incluyó a dos poetas uruguayas: Ida Vitale e Idea Vilariño.

Mientras que desde Buenos Aires dos españoles tan representativos como Ramón Gómez de la Serna y Guillermo de Torre ejercieron también una influencia en la otra orilla del Plata, la figura más emblemática de la España peregrina en el Uruguay fue José Bergamín. Llegó al puerto de Montevideo en septiembre de 1947. Invitado por Carlos Vaz Ferreira, dictó cursos libres en la Facultad de Humanidades y Ciencias, donde congregó un auditorio de admiradores y discípulos. También frecuentó las mesas del café Metro y la confitería La Catedral y la librería Salamanca.

Entre sus amistades literarias se contaron muchos intelectuales de la época, en particular encontró en Guido Castillo al discípulo más fervoroso y consecuente. Manuel Flores Mora, un político y también intelectual uruguayo fue su defensor obstinado en toda circunstancia y factor decisivo en los novelescos pormenores de su último asilo político en 1963. Con Fernando Pereda entabló una muy estrecha relación de afinidades intelectuales.

Justamente a propósito de Fernando Pereda quiero recordar, en forma muy breve, su presencia en España, a la que tanto quiso, en tres oportunidades. El primer viaje que hizo Pereda fue en 1924, y en esa oportunidad llevó un diario de viaje, como lo hizo también en las otras instancias. En ese diario de viaje entre otras cosas anotó una ruta que siguió, que fue la ruta del Quijote, y su aproximación y su ingreso a la cueva de Montesinos. No voy a leer ahora, por razones de tiempo, fragmentos de ese diario, pero que valdría la pena alguna vez recordar.

Destacados profesores, escritores, artistas españoles, en Uruguay no fueron pocos. Vale la pena mencionar entre otros a Rodrigo Soriano; Vicente Salaverri; Jaime Morensa; Julio Sigüenza; Ángel Alder; José Mora Guarnido; Ferrándiz Albors; Álvaro Fernández Suárez; Jaume Sabartés, el secretario de Picasso, que también vivió en Montevideo y fue colaborador del diario *El Día*; Francisco Contreras Pazo; Cristóbal Otero; Mercedes Pinto; Manuel García Puertas; José Carmona Blanco; Benito Milla; Manuel Márquez; Fernando Aínsa; y el tan injustamente olvidado Eduardo Díaz Yepes; Manuel Otero; Pablo Serrano; Leopoldo Nóvoa.

A propósito de Pablo Serrano, aragonés y también uruguayo, con presencia en Montevideo durante veinte años, habiendo dejado huella en el arte de los dos países, quiero contar que hace pocos días la viuda del general Liber Seregni me entregó un conjunto de libros que pertenecieron a esa excepcional figura política de mi país, con cuya amistad me honré durante muchos años. En ese conjunto había un ejemplar de un catálogo de la obra de Serrano que presenta como peculiaridad un sello en la portadilla correspondiente a la cárcel Central de Montevideo, lo que prueba que esa publicación acompañó a Seregni tras pasar por la censura de sus carceleros y fue objeto de lectura y seguramente de disfrute y de consuelo en los años de su lamentable prisión durante la dictadura militar.

No puedo dejar de hacer una referencia expresa, ya que estamos hablando de figuras españolas en la cultura del Uruguay, a Manolita Piña de Torres-García, compañera y discípula del maestro durante décadas, que residió con él en España, Francia, Italia, Bélgica, Estados Unidos y Uruguay, y lo sobrevivió cuarenta y cinco años, durante los cuales preservó su legado artístico y promovió la Fundación y el Museo Torres-García. Autora de sutiles grabados en madera y dibujos, su obra fue escasa y condensada. Ilustró el libro de su marido, que me mostró hace pocos días en Madrid Juan Manuel Bonet, *Notes sobre Art* (1913), el primer y único número de la revista de la Escuela de Decoración (1914) y alguna otra publicación de la época. Su longevidad (vivió más de ciento diez años) le permitió ser testigo excepcional del final del siglo XIX y de casi todo el siglo XX.

Quiero asimismo señalar sobre ya un citado narrador y ensayista, Fernando Aínsa, que no obstante haber nacido en una España azotada por la Guerra Civil (en Palma de Mallorca, donde realizó sus primeros estudios), se hizo uruguayo desde muy joven. En Montevideo continuó estudiando, se licenció en la Facultad de Derecho, ejerció el periodismo y publicó sus primeros libros. Pese a haber residido más tarde durante muchos años en París como alto funcionario de la Unesco, nunca dejó de ocuparse del Uruguay y su literatura y de escribir sobre sus autores con método y fidelidad. Ahora que ha vuelto a sus orígenes y se ha establecido en Zaragoza y en el pueblo de Oliete, en Teruel, sigue con atención los desarrollos uruguayos, como siempre, con la mirada alerta en el otro lado del Atlántico.

Y como hubo intelectuales y artistas españoles en Uruguay, también uruguayos visitaron o se radicaron en España. Carlos Real de Azua fue y volvió para escribir España de cerca y de lejos. Ángel Rama, muerto en un accidente aéreo en Mejorada del Campo hace veinticinco años, compuso un hermoso libro que

convoca paisajes, fantasmas y ancestros, *Tierra sin mapa*. Veamos algunos nombres para el recuerdo: Benjamín Fernández y Medina; Pablo Minelli González, que firmaba en el novecientos con el afrancesado nombre de Paul Minely; Eduardo Dieste; Pedro Blanes Viale; Carlos Alberto Castellanos; Carmen Barradas; Carlos María de Vallejo; Augusto Torres, uruguayo nacido en España, y Elsa Andrada; Edgardo y Alceu Ribeiro; Julio Casas Araújo; Héctor Ragni; Hugo Emilio Pedemonte; Carlos María Gurméndez; Antonio Larreta; Carlos Rama; Nelson Marra; Juan Carlos Legido; Guido y Álvaro Castillo; Ignacio Iturria; Glauco Capozzoli y Cristina Peri Rossi; Mario Benedetti.

Y por supuesto, para finalizar, Juan Carlos Onetti, el gran novelista que, tras ser perseguido por la dictadura uruguaya, en España encontró refugio y reconocimiento. El Premio Cervantes para Onetti no sólo fue un galardón a su literatura: en esos tiempos la noticia llegó al Uruguay como un soplo de libertad. Como se sabe, Onetti nunca volvió a su país: permaneció hasta los últimos días en su apartamento de Madrid, reinventando personajes y desventuras en la memorable Santa María, en busca obstinada de palabras que nombran las cosas como dos siglos antes lo había hecho con igual tenacidad Félix de Azara mientras descubría paso a paso la banda oriental del río Uruguay. Muchas gracias.

JUAN MANUEL BONET (*Ex Director del Museo Nacional Reina Sofía, escritor y crítico de arte*): Bien. Buenas tardes. La verdad es que estoy encantadísimo de esta invitación a este Foro Aragón-Uruguay. Estoy encantadísimo de compartir mesa con estos dos buenos amigos que me han precedido en el uso de la palabra. Le agradezco mucho a Tudela sus palabras y las citas también que ha hecho Wilfredo.

Los dos oradores que me han precedido en el uso de la palabra, yo comparto con ellos algo que creo que compartimos todos aquí, que es el amor a Uruguay. En el caso de Wilfredo Penco, que es uruguayo y además preside la Academia Uruguaya de la Lengua, el amor a Uruguay se le supone -como el valor al soldado, que decimos aquí-. En el caso de Tudela y en el mío propio, el amor a Uruguay es algo electivo, es una vocación.

Yo en las últimas dos décadas he viajado mucho a Latinoamérica, todos los países de Latinoamérica la verdad es que me han resultado apasionantes - todos los que conozco, no los conozco todos-, pero de todos estos países Uruguay es uno de los que más entrañables me resultan. Hay algo muy especial en su atmósfera, hay algo muy especial en su cultura y hay toda esta enorme red de afinidades que tan inteligentemente ha trazado su mapa Wilfredo en las palabras con las que nos ha deleitado.

Yo, para mí, Uruguay empieza siendo un país leído antes de ir a él. Hay una generación que a mí me ha fascinado desde que la descubrí en la cuesta de Moyano, cuando compré unos cuantos números de la revista *La Cruz del Sur*. La revista *La Cruz del Sur* circuló por España, es una revista de los veinte.

En esa revista descubrí a una serie de poetas que me fascinaron; Ildefonso Pereda Valdés, *La guitarra de los negros*, un libro muy del gusto de Borges. Borges, que le puso el epílogo en el año veintisiete, un año muy emblemático para nuestro idioma, el año de Góngora, le pone el epílogo a la antología de la moderna poesía uruguaya, donde Pereda Valdés antologa a sus contemporáneos un poco como Gerardo Diego haría después con los españoles.

En esa revista descubro a Juvenal Ortiz Saralegui, del cual en la biblioteca de Alberti en el Puerto de Santa María encontraría un libro que yo andaba

buscando, que era *Palacio salvo*, y me fascinan los versos de ese libro, que lo tenía Alberti en el ejemplar dedicado por Ortiz Saralegui a Lorca. Lo fotocopié entonces, ahora tengo ya, por fin, mi ejemplar, que está dedicado a otro poeta, a un amigo de Gerardo Diego (Luis Álvarez Piñer), y ahí veo cómo este Ortiz Saralegui se queda, digamos, prendado por el futurismo, por la modernidad, y la simboliza, la emblematisa en ese Palacio Salvo que le había horrorizado a Le Corbusier cuando estuvo en Montevideo pero que hoy, con un sentido distinto de la modernidad y más abarcador de cosas nos fascina, nos gusta, buscamos las fotografías donde el Palacio Salvo pasa por delante de él el zepelín que andaba por esas tierras, o por esos aires.

Descubro en esa revista, *La Cruz del Sur*, a los hermanos Guillot-Muñoz, que escribían versos franceses; descubro al nativista Pedro Leandro Ipuche, descubro a Fernán Silva Valdés. Descubro a un personaje que me gusta especialmente, que es Alfredo Mario Ferreiro (*El hombre que se comió un autobús*, ¡menudo título!). Yo lo manejo en un ejemplar también encontrado en la cuesta de Moyano en su día dedicado a Adriano del Valle, un poeta ultraísta español. Ferreiro era un humorista, era un vanguardista, era alguien que metía el ritmo de la ciudad moderna en su poesía. Fue amigo de Ramón Gómez de la Serna, en esas escalas que Ramón hizo en Montevideo, y con el gallego Julio Sigüenza, que Wilfredo mencionaba antes, hicieron juntos la revista *Cartel*, que fue una de las efímeras hojas modernas de aquel Montevideo.

Descubro también entonces al poeta Fernando Pereda, que Wilfredo Penco evocaba como gran amigo, efectivamente, de Bergamín. No conozco los diarios españoles de Fernando Pereda, pero siempre se me ha quedado en la memoria uno de esos versos inmortales y que brillan, que se te quedan, así, solos, sueltos: “naval melancolía de poema”. Es un verso realmente hermosísimo.

Descubro a un prosista como Felisberto Hernández, que Ramón Gómez de la Serna le pone prólogo a uno de sus libros.

Descubro a Julio Herrera y Reissig, también a través de esa revista. Uno de los números que encuentro es el de homenaje a Julio Herrera y Reissig, donde colaboran algunos españoles, como por ejemplo Cansinos Asséns, o Guillermo de Torre. Julio Herrera y Reissig, en mi primer viaje a Montevideo, acudiría en peregrinación a la Torre de los Panoramas, encontrándome con que no era mucha torre ni mucho panorama, porque es una casa más bien baja. No es la torre griega o romana que uno se esperaba.

Herrera y Reissig era vasco de origen, y Herrera y Reissig tuvo influencia en España, fue prologado aquí por Villaespesa y fue estudiado por Cansinos Asséns, y cuando Guillermo de Torre quiere echarle en cara a Huidobro que es un imitador de otros poetas dice que es un imitador de Herrera y Reissig. Y en España influye sobre un vasco como Ramón de Bastera o influye sobre el madrileño Mauricio Bacarisse.

Uruguay es un país que produce, además de poetas en nuestro idioma, poetas franceses, eso es algo bien conocido. Y en la vieja ciudad de Montevideo hay un pequeño monumento en homenaje a los tres grandes del idioma francés que nacieron allá: nada menos que Lautréamont, Jules Laforgue y, ya en el siglo XX, Jules Supervielle, del cual luego diré algunas palabras.

Por supuesto, desde muy pronto me doy cuenta de que además de un país de poetas Uruguay es un país de pintores: los ya mencionados Torres-García y Barradas, y tras Torres-García toda la Escuela del Sur. Y yendo allá también me doy cuenta de que Uruguay es un país de grandes arquitectos, un país donde precisamente por lo muy civilizado de su vida se busca una arquitectura racional, funcional, con gente como Julio Vilamajó, como Rafael Lorente, en los

años veinte. Y Le Corbusier en aquel viaje donde dijo aquellas cosas contra el Palacio Salvo también dijo cosas muy positivas en cambio sobre estos arquitectos, y en *La Cruz del Sur* hay un número entero con una larguísima conversación de un uruguayo joven de aquella generación con el gran arquitecto suizo-francés.

Wilfredo Penco hablaba de las librerías y de los cafés de Montevideo; eso daría para muchísimas conferencias. En concreto, en esas librerías se vendían, y en esos cafés se comentaban a los poetas y prosistas españoles de las generaciones sucesivas, del Modernismo, del Noventa y ocho, del Ultraísmo y del Veintisiete. En concreto, yo recuerdo haber encontrado en Tristán Narvaja un mazo de números de la revista *España*, que era la revista fundada por Ortega, la revista después dirigida por Azaña, después por Araquistáin. Ese semanario, con sus tapas de Bagaría, que influyó muchísimo a toda una generación española (Max Aub decía que él se había formado en las páginas de *España*) y que influyó a toda América, en el sentido de que, por ejemplo, las cubiertas de Bagaría influyen sobre caricaturistas... No sé si en el caso uruguayo, no conozco bien la caricatura uruguaya, pero, por ejemplo, en Ecuador hay caricaturistas nacidos directamente del influjo del Bagaría de España.

Todo eso se va leyendo y, efectivamente, Villaespesa, Juan Ramón, Valle-Inclán, en fin, son referencias... En esas revistas uruguayas se ve que es muy seguido todo, lo mismo que es muy seguido el Ultraísmo. Hay un Ultraísmo uruguayo muy temprano (en la revista *Los Nuevos*, en concreto); es muy seguido el veintisiete (Gerardo Diego da conferencias en el Montevideo de los años veinte; cuando su viaje a Río de la Plata, desde Buenos Aires va a Montevideo a hablar).

A la inversa, los españoles también conocen a los modernistas y luego a los ultraístas uruguayos. He mencionado antes un libro de Ferreiro en posesión de Adriano del Valle, pero todos los españoles de esa generación habían leído el *Ariel* de Rodó, y todos los españoles de esa generación habían leído al antes mencionado Herrera y Reissig.

El texto donde Guillermo de Torre criticaba a Huidobro y entre otras cosas lo llamaba imitador de Herrera y Reissig había aparecido en la revista antes mencionada con toda justicia *Alfar*. *Alfar* es un puente entre nuestras dos culturas, es una revista uruguaya en La Coruña o es una revista también española en Montevideo, es las dos cosas. En su primera etapa refleja la vida intelectual del Río de la Plata, en su mucho más dilatada etapa que termina con la vida de su fundador Julio J. Casal, es una revista que constantemente están en ella los españoles, y entre ellos los españoles más cercanos, que eran los de Buenos Aires (en concreto, por ejemplo, Rafael Alberti y Maria Teresa León están muy presentes).

Alfar es una revista extraordinaria, es una revista que siempre se la mete un poco en la galaxia ultraísta, pero es más cosas. Están los séniors, allí están los dos hermanos Machado, en concreto, y está Ortega, y está el poeta canario Alonso Quesada. Están los ultraístas; está todo el veintisiete; está Borges; está un muy joven Max Aub; está Bergamín; está Francisco Ayala, que todavía es el único colaborador español de esa generación que vive, a sus más de cien años; y están dos o tres aragoneses muy importantes, que además fueron muy amigos del director artístico de la publicación, que fue Rafael Barradas.

Esos tres aragoneses son Benjamín Jarnés, que era de Codo; Luis Buñuel y Gil Bel. Estas tres figuras, están presentes allí, y en el caso de Jarnés con una relación estrechísima con Barradas, allí y en otras publicaciones Jarnés habla de Barradas, en concreto en una revista vecina (*Ronsel*, de Lugo), Jarnés

escribe sobre el mundo, precisamente de Barradas, en Luco de Jiloca. Enseguida hablaré de eso.

En el caso de Buñuel, *Alfar* es interesante porque es una de las revistas donde Buñuel todavía no es cineasta, Buñuel es prosista, en clave ultraísta y en clave más o menos ramoniana. La revista publica mucho a Barradas, su director artístico; el café donde se reunía Barradas en Madrid en la glorieta de Atocha lo llamaba la gente coloquialmente “la tertulia de los alfareros” -y no es porque hicieran cerámica, es porque hacían la revista *Alfar*-. A esa tertulia van todos los que colaboran en la revista, empezando, en el campo de la plástica, por Bores y por Dalí.

En la revista se reproducen cuadros, en la etapa española se reproducen cuadros de Pedro Figari, que es un hombre que está en el vecino París, y la revista publica un número sobre Los Ibéricos de 1925, la gran exposición donde Dalí, Bores y otros dan, digamos, el campanazo moderno. Luego, -ya lo he dicho antes-, la revista, en su etapa uruguaya continúa muy, muy atenta a las cosas de España.

Barradas y Torres-García, es inevitable verlos como un binomio. Barradas y Torres-García que son las máximas figuras, junto con Figari, que da a Uruguay al arte de la primera mitad del siglo XX. Figari en España no está presente, está presente en París (en España, no, lo conocen, pero por reproducciones), pero con sus obras son Barradas y Torres-García, y aquí en España los consideramos también como pintores nuestros. Es decir, son realmente ineludibles si queremos hacer la historia del arte español del siglo XX.

Torres-García era de padres catalanes, llega muy joven a Barcelona, se empapa del ambiente simbolista, es uno de los que frecuenta el café Els Quatre Gats, con Picasso, con Julio González, con Gargallo, etcétera, y luego

va a ser el principal artista defendido por Eugenio d'Ors (d'Ors, que años después también andará visitando Montevideo, en los veinte), será el principal artista del Noucentisme, de ese arte equilibrado, clasicista, mediterráneo; tiene en Torres-García a, digamos, su emblema.

Y luego, del quince en adelante, Torres-García, en estrechísimo contacto con Barradas, se inventa lo que van a llamar el Vibracionismo; es la visión moderna, muy influenciada por el Cubismo y sobre todo por el Futurismo de la ciudad y el puerto, que empiezan siendo la ciudad y el puerto de Barcelona.

Estos dos uruguayos encuentran a un cómplice —entre comillas— activísimo, en la figura del poeta catalán y proletario Joan Salvat-Papasseit, que es una figura muy interesante, un poeta de la Barceloneta, poeta hijo de fogonero muerto en accidente de trabajo, poeta que cuando no tenía dinero iba a descargar barcos en el puerto, y que todo eso pasa a sus libros de poemas, el primero de los cuales, *Poemas en ondas hertzianas* (en catalán, *Poemes en ondes hertzianes*), tiene un retrato del poeta por Barradas e ilustraciones totalmente a tono con los poemas de Torres-García. Es un libro fabril, un libro portuario, un libro de caligramas, de palabras en libertad.

Luego, Torres-García va a emprender su vida, que le va a llevar lejos, a Nueva York. Algunos dicen que empezó a descubrir la modernidad en Nueva York; no, la encontró en Barcelona, Nueva York le reconfirmó. Claro, el puente de Brooklyn, o Broadway, es una modernidad a mucha mayor escala que lo que podía ser Barcelona en esa época, pero ya venía con ese fermento de Barcelona, luego Italia, luego el sur de Francia, luego París, luego un brevísimo episodio madrileño donde intenta inventar una vanguardia constructiva que no hay forma de armarla en ese momento. Se va a volver a encontrar entonces con antiguos amigos de Barradas, entre ellos con el aragonés Gil Bel, en fin,

porque hay, digamos, gentes de lo que se conoce como “la poética de Vallecas” ahí.

Y Torres-García, que en París había inventado el Universalismo Constructivo y la revista *Cercle et Carré*, vuelve a Montevideo y en Montevideo hace la gran síntesis constructiva de su obra, de la cual uno de los grandes ejemplos es el mural del parque Rodó, y en Montevideo funda, digamos, el taller, que antes se ha mencionado, donde tantas figuras del arte uruguayo van a aprender los fundamentos de su arte. Y en ese caso vemos además cómo Torres-García al final diseña un sueño americano que ha empezado a descubrirlo en París, cuando en los años veinte, finales, se hace una gran exposición de arte prehispánico, ahí está el germen de su período final, donde tanta importancia tiene la reflexión sobre lo prehispánico.

La vida de Barradas es muy distinta, la vida de Barradas va a transcurrir prácticamente toda en la península, salvo el episodio final de su retorno casi para morir a Montevideo al final de los veinte. Barradas es el pintor prototípico del Ultraísmo madrileño y español en general, está prácticamente en todas las revistas de ese movimiento, empezando por la maravillosa *Ultra*, está en muchísimos de los libros, retrata prácticamente a todo el mundo. Es activísimo en el campo de la ilustración, en la editorial Estrella, de Martínez Sierra, y activísimo en el campo, también con Martínez Sierra, de la escenografía. Y hará, por ejemplo, escenografías para Federico García Lorca.

Los lugares de su vida en España son primero, Barcelona; después Zaragoza, donde colabora en una revista de la universidad, de jóvenes universitarios llamada *Paraninfo*; Luco de Jiloca, donde encuentra a la que va a ser su mujer, y donde empieza un ciclo magnífico de cuadros inspirados en el mundo rural español y aragonés que es el cuadro de Los Magníficos, la obra más negra,

más recia, más ibérica suya, que Jaime Brihuela ha comparado muy acertadamente con ciertas propuestas de José Gutiérrez Solana.

Después de Zaragoza, Barcelona será el lugar donde está la conexión con Torres-García y con Salvat-Papasseit. Después, un largo periodo, del dieciocho al veinticinco, en Madrid, en el Madrid ultraísta, y para terminar un periodo final, de dos, tres años, en la periferia de Barcelona, en un lugar donde se le quiere mucho, que es Hospitalet. Yo he tenido ocasión ahí de dar conferencias sobre él, existe una Casa de la Cultura Barradas, hay una placa en la casa que habitaba, allí tenía él “el ateneílo de Hospitalet”, por donde pasó... Existe hoy un facsímil (se lo enseñaba el otro día a Wilfredo) del libro de visitas del ateneílo, y es realmente formidable ver todo el mundo allá.

¿Quiénes son los amigos españoles de Barradas? Todos los ultraístas y un trío muy especial formado por Federico García Lorca, Salvador Dalí y Luis Buñuel. A Buñuel, a Dalí, a Lorca los retrata, en una serie de siluetas muy significativas. Cuando miramos la pintura de Dalí (por ejemplo, las salas Dalí del Reina Sofía), hay unos cuantos cuadros que si no pone que es Dalí alguien que conozca a Barradas podría pensar que son cuadros de Barradas, y todo esto explica ese episodio que comentaba Wilfredo Penco de la visita de Lorca a Montevideo y de la visita en compañía del embajador y poeta modernista notable Enrique Díez-Canedo a la tumba barradiana en homenaje realmente de pleitesía y de recuerdo a un personaje que él quería tanto.

Lorca, que cuando pasa por allá va a ser filmado por Enrique Amorim (al cual cita Wilfredo) en una de las poquísimas..., yo creo que es la única imagen en movimiento de Lorca, son esos poquísimos fotogramas, ese cortísimo metraje de esa película.

En esa misma Barcelona donde vivían Torres-García y Barradas, donde inventaron el Vibracionismo, está también un pintor uruguayo que apreciaba mucho el mundo catalán y que es interesante, aunque no se le ha vuelto a enseñar en España, como Héctor Ragni.

Los años treinta, hasta la Guerra Civil, siguen siendo años de diálogo muy fecundo entre nuestros dos países. En los años treinta hay una familia que hace un poco de nexo entre los dos países que es la familia de los Dieste. La familia de los Dieste es una familia hispano-uruguaya, o galaico-uruguaya, y en concreto en el Madrid de los veinte no es una de las tertulias más conocidas, pero la tertulia de Eduardo Dieste (que había hecho la publicación *Teseo* y que estaba siempre cerca de los pintores y de los poetas), esa tertulia y la revista *Poetas, artistas y navegantes*, que hacen unos gallegos en Madrid, con Rafael Dieste entre ellos, van a ser realmente importantes.

Y hay que pensar que los Dieste es también, en la generación siguiente, el gran arquitecto Eladio Dieste, que es una de las voces más singulares de la arquitectura latinoamericana del siglo XX y que además en los años finales de su vida también construye edificios (iglesias, en concreto) en España. Con lo cual, también seguimos en esos nexos.

Wilfredo Penco citaba a Carlos María de Vallejo; citaba a Carlos Rodríguez Pinto, que efectivamente le compró la imprentilla (vamos, la minerva portátil) a Alberti, y que hizo muchas cosas. Y hay que insistir en la conexión española de ese poeta franco-uruguayo que es Jules Supervielle. Entre las *plaquettes* que Altolaquirre editaba en aquel París hay una cuyo título no recuerdo ahora mismo pero de Supervielle. Y hay un número de la revista itinerante de Altolaquirre *Poesía* enteramente dedicado a la poesía uruguaya de su tiempo, con la gente de *La Cruz del Sur*, en la cual también incluye como un poeta uruguayo más a Supervielle.

Supervielle tendrá entre sus amigos a Rafael Alberti, que habla de él y de visitas veraniegas al sur de Francia, a la propiedad donde veraneaba Supervielle. Alberti, Guillén..., todos ellos van a estar entre los traductores de Supervielle en un libro editado en el Madrid de los treinta por la editorial Plutarco, que luego se reeditará en Montevideo por el Palacio del Libro.

Supervielle en París, en el París de los veinte y treinta, acoge a todos los latinoamericanos de paso y acoge también a muchos españoles. Y en el círculo de Supervielle, en el salón de la casa de Supervielle, es donde se produce el encuentro entre un gran pintor aragonés y uno de sus máximos valedores (que era el poeta belgo-francés Henri Michaux, que andaría también por el Uruguay en compañía de Supervielle algo más tarde): Juan José Luis González Bernal, bien querido en la casa donde nos encontramos, puesto que esta casa primero recibió un muy importante legado de su obra y después amplió además ese legado.

Este pintor aragonés, zaragozano, cuyo centenario se cumple este año, fue alguien que nunca viajó al Uruguay pero que sin embargo tuvo ese contacto con la cultura uruguaya a través de la figura de Supervielle. Y cuando hicimos la exposición patrocinada por las Cortes de Aragón y que se vio en el Instituto Cervantes de París, uno de los prestadores más importantes de la exposición fueron precisamente los herederos de Supervielle, que nos dejaron varios cuadros del pintor aragonés y que además nos dejaron ver en sus casas muchas otras obras que hablaban de toda una época, entre ellas cuadros maravillosos de Figari, tanto de Montevideo como del campo, o papeles de Henri Michaud.

He mencionado antes la visita de Gerardo Diego, se ha mencionado a d'Ors, a Lorca. Habría que recordar que Jorge Oteiza, el vasco Jorge Oteiza, en su periplo continental que lo condujo a Argentina, Perú, Ecuador, Colombia,

etcétera, pasó también por Montevideo para ver a Torres-García. Torres-García era un objetivo para muchas gentes. También Manuel Ángeles Ortiz, pintor granadino exiliado en Buenos Aires, fue a hacer la visita ritual a Torres-García y a esa Manolita que fue tan importante.

El diálogo prosigue durante la Guerra Civil, es vivida con fervor y pasión también en Montevideo. Pereda Valdés y Cipriano Santiago Viturera son los más activos defensores entre los poetas de la causa republicana. Pereda ordena una antología de poetas prorrepública.

No fue Uruguay uno de los países que mayor exilio en cantidad recibió, pero el exilio, como lo decía Wilfredo Penco, fue efectivamente un exilio de gran nivel, de gran calidad. Margarita Xirgu; José Bergamín; Pablo Serrano, el futuro fundador, uno de los futuros fundadores de El Paso, gran escultor aragonés, se forma allá, y cuando llega a Madrid en los cincuenta viene precisamente con todo ese bagaje de un arte abstracto, de un arte moderno, que es el arte aprendido en el medio donde Torres-García es una referencia, y tiene ya eso por delante respecto de otros artistas que no habían vivido esa modernidad que él vivió en el Uruguay.

Leopoldo Nóvoa, el artista gallego. Me alegra también que Wilfredo haya recordado el caso de otro exiliado como es Eduardo Díaz Yepes. En uno de mis viajes a Montevideo intenté armar una historia en torno a este escultor, que había formado parte del grupo de Arte Constructivo de Torres-García, que se había casado con su hija Olimpia, a la cual yo conocí entonces, y que realmente vi algunos monumentos, algunos bustos que hizo. Yo quería construir algo en torno a eso, no ha sido posible todavía, pero esperamos que un día se reconstruya esa historia.

También hay que evocar esa maravillosa urbanización de Punta Ballena donde tuvo La Gallarda Rafael Alberti, y al autor de esa urbanización que es un gran arquitecto catalán, Antoni Bonet Castellana, que había sido miembro de El Gatepac en Barcelona y que allí probablemente dio lo mejor de sí mismo en ese... No, yo, desgraciadamente, no es un sitio en el que haya estado yo, pero por todas las fotografías se nota que hay una armonía especial en ese lugar entre la arquitectura y la naturaleza.

Y por supuesto, hay que recordar que ésta es una historia que sigue, con Onetti, con el gran artista que fue Washington Barcala, con el gran creador de jardines que fue Leandro Silva, o con ese pintor felizmente en activo que es Alceu Ribeiro, cuyo estudio en Palma de Mallorca, que yo he visitado, es realmente un pequeño trozo de Montevideo en Palma de Mallorca.

Esa historia sigue, y seguimos queriendo que esa historia siga, porque realmente tenemos mucho camino -como creo que se ha podido ver-compartido entre nuestros dos países en materia de cultura. Gracias.